

EL AÑO INTERNACIONAL PARA EL DIÁLOGO ENTRE LAS CIVILIZACIONES

Coloquio con las OIC, París, 11 abril 2000

Don Melchor SÁNCHEZ DE TOCA Y ALAMEDA
Consejo Pontificio de la Cultura

1. La declaración de la UNESCO

1.1 Resolución de la Asamblea General del 4.11.1998.

La LIII Sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó el 4 de noviembre de 1998 una resolución, cuya parte final contiene los siguientes 4 puntos, en los que la Asamblea General:

Expresa la firme determinación de facilitar y promover el diálogo entre las civilizaciones; *decide* declarar el año 2001 como Año de las Naciones Unidas para el Diálogo entre las Civilizaciones; *invita* a los Gobiernos, las Naciones Unidas, especialmente la UNESCO, a diseñar y llevar a cabo adecuadas iniciativas culturales, educativas y sociales para promover el concepto del diálogo entre las civilizaciones, e igualmente *invita* al Secretario General a presentar un informe provisional de actividades en este campo.(1)

El preámbulo establece los motivos que han conducido a la Asamblea General a proclamar este año. Fundamentalmente se basa en la convicción de que la diversidad cultural es un bien que debe ser tutelado, y de que la interacción entre diversas culturas y civilizaciones, que siempre ha existido, debe fomentarse mediante el diálogo y el conocimiento mutuo:

"*Reconociendo* las diversas realizaciones de la humanidad, que han cristalizado en un pluralismo cultural y una diversidad humana creativa, *conscientes* de que la interacción positiva y mutuamente beneficiosa entre civilizaciones se ha mantenido a lo largo de la historia humana a pesar de los impedimentos provocados por las guerras y disputas, *subrayando* la importancia de la tolerancia en las relaciones internacionales y el significado del diálogo como medio para lograr el entendimiento".(2)

1.2 La proposición de la República Islámica de Irán

Esta declaración, firmada por un grupo de 38 países, tiene su origen en una propuesta de la República Islámica de Irán. El Embajador de Irán ante las Naciones Unidas expuso, en la relación de presentación del texto a la Asamblea, el alcance y sentido de ésta.(3)

Tras constatar que los elevados ideales de paz y tolerancia entre las naciones se han visto frecuentemente conculcados por guerras y agresiones entre países a lo largo de los cincuenta años de existencia de las Naciones Unidas, no se puede negar la existencia de un progreso real en la búsqueda de una resolución pacíficamente de los conflictos. No obstante, persisten serias dificultades en este camino. La declaración del embajador iraní señala la existencia de ideas y teorías que tratan de "institucionalizar e incluso canonizar con vistas a su perpetuación, una mentalidad asociada con rivalidades y conflictos en el pasado. Hacen esto exasperando la confrontación de intereses políticos y económicos rivales hasta considerar a las civilizaciones como irreconciliables, y su choque como inevitable".(4) Más adelante denuncia de nuevo estas "peligrosas ideas que alimentan la intolerancia e ignoran la red creciente de interacción entre las naciones en un mundo cada vez más interdependiente".

Frente a corrientes que intentan enfrentar civilizaciones diversas, la proposición iraní afirma que "la diversidad del género humano es y ha sido siempre causa de fuerza y no de división". Querer imponer un modelo único de civilización o sociedad constituye un modo de violencia que la humanidad del tercer milenio no puede permitirse. Para preservar esta diversidad en sentido constructivo, se impone el diálogo, es decir, la interacción entre culturas. La propuesta concluye con una invitación a institucionalizar formas de diálogo entre los pueblos.

¿Qué decir de esta propuesta? Por parte de la República Islámica de Irán y de su presidente Jatami, se trata claramente de un intento de transmitir a la comunidad internacional un mensaje de moderación y tolerancia que contrarreste en cierta medida la imagen "intolerante" o "fundamentalista" frecuentemente aplicada al régimen de Teherán. El documento utiliza abundantemente la retórica al uso, llena de términos políticamente correctos como "tolerancia", "respeto a la diversidad", "diálogo", "progreso de la humanidad", etc. No se puede excluir que se trate también de una maniobra política para reforzar las tendencias reformistas del Presidente Jatami dentro del país frente a los sectores más intransigentes, buscando un respaldo internacional.

En un nivel más profundo, sin embargo, me parece que la proposición constituye un intento de defensa frente a lo que para Irán y otros países constituye el verdadero peligro: no los movimientos orquestados de inspiración neo-racista, sino la difusión a escala planetaria de una cultura globalizada única, que amenaza con suprimir cualquier otro tipo de cultura o civilización. Como ya se ha demostrado en otras ocasiones, las teleseries occidentales, los *jeans*, y el rock&roll son mucho más peligrosos que el arsenal nuclear o la VI Flota Americana.

El análisis de la resolución de las Naciones Unidas, nos lleva ahora a estudiar con más detenimiento dos cuestiones presentes en el texto del mismo. La primera hace referencia a la terminología escogida (diálogo entre *civilizaciones*); la segunda, al contenido de ese diálogo y sus principios.

2. Civilización – Cultura : ¿Elección consciente o terminología de escuela?

"Civilización" es el concepto empleado por la historiografía y etnografía de épocas anteriores para designar el conjunto de rasgos espirituales y materiales que caracterizan un grupo humano particular. Este término ha ido siendo sustituido por el de cultura, gracias al influjo de la antropología cultural.

"Civilización", etimológicamente viene de *civilis*, y designa el **proceso** por el que uno se convierte en civil. A su vez este adjetivo procede de *cives* y *civitas*, es decir, el que pertenece a la ciudad. Puesto que la cultura y la tecnología ha sido durante siglos patrimonio de las sociedades urbanas, civilizar equivalía a educar, dotar de derechos políticos (de *polis*, ciudad), hacer miembro de la comunidad ciudadana, en definitiva, humanizar. "Civilización" designa además el **resultado** de este proceso, es decir, el patrimonio cultural, tecnológico y político que caracteriza un grupo humano determinado. Así se habla de la civilización egipcia, china o romana.

Sin embargo, puesto que poseía una fuerte connotación etnocéntrica, este concepto fue cediendo el paso, gracias a los estudios de antropólogos, al de cultura, valorativamente neutro. No sólo las grandes civilizaciones son depositarias de una cultura; también los pueblos llamados primitivos poseen su propia cultura: patrones de conducta y de comprensión del mundo, sistemas de leyes sociales y políticas, costumbres y ritos.

Comenzó así a establecerse una cierta oposición entre cultura y civilización. La escuela sociológica alemana, a partir de A. Weber, opone *Kultur* y *Zivilisation*: mientras que la cultura representa el alma profunda de una colectividad, la civilización, apoyada sobre la ciencia y la técnica, designa los

aspectos materiales de aquélla. O. Spengler, en su obra clásica *La decadencia de Occidente*, escribe que toda cultura acaba degenerando en civilización, la cual constituye su estadio final y degradado.(5)

La sociología y antropología americanas, sin establecer esta oposición drástica entre civilización y cultura, optó sin embargo por el segundo término como categoría básica de la antropología. "Civilización" suele designar, cuando se emplea, las culturas avanzadas que han desarrollado un notable nivel tecnológico. Howard Odum afirma al respecto que "toda civilización es cultura, pero no toda cultura es civilización".(6)

Por su parte, la escuela francesa suele preferir también el término de cultura, sin renunciar al de civilización, obviamente desprovisto de las connotaciones etnocéntricas que tenía en el pasado.(7)

Notemos de paso que esta misma evolución se ha producido en el magisterio de la Iglesia católica. Hasta el Concilio Vaticano II, los documentos pontificios emplean la palabra "civilización" para designar lo que hoy llamamos cultura, mientras que el término cultura suele emplearse en el sentido de instrucción superior. Fue el Concilio Vaticano II quien con su *svolta antropologica*, introdujo el uso de "cultura" como categoría de análisis.

Volvamos ahora al lema propuesto para este año: ¿diálogo entre culturas o entre civilizaciones? ¿Se trata de una simple terminología de escuela, o esconde una opción deliberada por uno de los dos términos?

Es difícil responder a la pregunta, pues implica un juicio de intenciones. Aventurando una respuesta, me atrevería a decir que, desde una perspectiva islámica, "cultura" puede aparecer dotado de una connotación secularizada, como algo opuesto a, o al menos distinto de, religión, mientras que "civilización" se presenta como un término que engloba la dimensión religiosa. "Diálogo entre culturas" podría parecer a sus ojos únicamente como un diálogo entre productos culturales de élite (música, literatura, pintura, etc.), en el que no tendría lugar la religión. Repito que es sólo una suposición mía. Es posible que se trate únicamente de una cuestión ligada a terminología de escuela. Pero de ser cierta, revelaría un uso del término cultura inexacto, o al menos restringido y empobrecedor, pues limita la cultura únicamente al ámbito de la producción de bienes culturales, dejando de lado el universo simbólico, los modos de actuar y juzgar el mundo que configuran una cultura, y cuyo corazón, en palabras de Juan Pablo II, está constituido siempre, por su acercamiento al misterio de Dios y del hombre.(8)

La Iglesia católica, a partir del Vaticano II, emplea en sus documentos un concepto mucho más rico de cultura. La definición que de ella ofrece *Gaudium et Spes* constituye una prueba elocuente: "Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano" (GS, 53). Para nosotros, pues, cultura nunca se puede oponer a religión, pues ésta constituye como el alma de aquélla, sin la cual no puede sobrevivir.

Tornando ahora a la cuestión que nos interesa, pienso que podemos utilizar como sinónimas ambas expresiones, cultura y civilización. Podemos hablar tanto de "diálogo entre civilizaciones" como de "diálogo entre culturas". Pero si tuviéramos que optar entre ambas, me inclinaría a favor del término cultura. Dado que civilización suele emplearse para designar las culturas materiales más avanzadas, la Iglesia, haciéndose garante y defensora de los débiles también en el campo de la cultura, debe

recordar la existencia de culturas "pobres" para evitar que el diálogo entre civilizaciones se limite a discutir nuevos equilibrios entre grandes bloques geopolíticos (Islam, China, Rusia, Europa Occidental, América del Norte), en su pugna por asegurarse una parcela de poder en el nuevo contexto mundial.

3. La pluralidad de civilizaciones, ¿es un valor positivo? Globalización y defensa de la particularidad

Es un hecho que existe una pluralidad de culturas y civilizaciones, que ya desde la antigüedad llamó la atención del espíritu griego, siempre atento a observar las diferencias. El hecho de la diversidad de visiones del mundo y del hombre, de concepciones de Dios, de la vida, la sociedad, las costumbres y los ritos ha sido objeto permanente de admiración y estudio. Y también, fuente incesante de conflictos entre los hombres, como señala justamente el documento de las Naciones Unidas.

En nuestros tiempos de movilidad social y profundos cambios culturales se ha impuesto la palabra multiculturalidad como categoría para definir nuestras sociedades occidentales. En la apreciación de la mayoría, la multiculturalidad representa un progreso y un enriquecimiento, a condición de que vaya unido a la otra palabra talismán de nuestros tiempos: tolerancia. El hecho de que nuestras ciudades estén pobladas por una diversidad creciente de razas, lenguas, credos religiosos y culturas es considerado un enriquecimiento, al menos si tenemos en cuenta las declaraciones de los políticos, las manifestaciones de los ayuntamientos y ministerios de cultura y acción social, y la opinión de los intelectuales que escriben en los grandes diarios. Si de las élites urbanas cultas pasamos a los estratos de población menos favorecidos, que tienen que convivir con fenómenos como el de la inmigración clandestina, mano de obra extranjera a precios más baratos, delincuencia, mafia, tráfico de inmigrantes clandestinos, prostitución, etc., la valoración de esta multiculturalidad probablemente será fuertemente negativa. Fenómenos de agresiones a los inmigrantes, que los medios demonizan inmediatamente como "brotes de racismo", y que la sociedad trata de conjurar apelando a la tolerancia y la convivencia entre culturas, reflejan en el fondo un profundo malestar social que no puede ser despachado simplemente como un producto de la ignorancia, atraso cultural o conflictualidad marginal.

Junto a esta multiculturalidad creciente, hay en curso un proceso de globalización cultural. El imaginario colectivo de nuestros jóvenes es probablemente el reflejo más elocuente de la difusión de este fenómeno. El universo simbólico de los jóvenes de todo el mundo está poblado por los mismos personajes de cómic, dibujos animados, las mismas canciones, la misma familiaridad con la tecnología digital e informática. Y esto facilita enormemente la comunicación entre ellos, lo cual debe considerarse un bien.

Nos preguntamos por tanto: ¿la diversidad cultural es, de por sí, un bien necesario tutelar? ¿O por el contrario, una limitación al diálogo entre los pueblos, cuyo fin conviene acelerar a favor de un nuevo lenguaje unificado? La respuesta no es obvia.

La respuesta de la Iglesia a esta pregunta se halla, de nuevo, en *Gaudium et Spes*. En el capítulo dedicado a la cultura, afirma: "la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico y social [...] En este sentido se habla de la *pluralidad de culturas*" (GS 53). Más adelante, reconociendo las ventajas que los modernos medios de comunicación aportan al hombre, constata la difusión de una especie de nueva cultura planetaria, que podrá contribuir a reforzar la unidad entre los hombres, a condición de que sepa respetar las peculiaridades culturales "al mismo tiempo, el creciente intercambio entre las diversas naciones y grupos sociales descubre a todos y a cada uno

con creciente amplitud los tesoros de las diferentes formas de cultura, y así poco a poco se va gestando una forma más universal de cultura, que tanto más promueve y expresa la unidad del género humano cuanto mejor sabe respetar las particularidades de las diversas culturas" (GS 54).

En el párrafo siguiente, esta condición se convierte en un interrogante, cuando los padres conciliares se preguntan cómo conjugar progreso cultural con sabiduría tradicional, y difusión planetaria de una nueva cultura (lo que hoy llamamos globalización) con las culturas particulares.

"¿Qué debe hacerse para que la intensificación de las relaciones entre las culturas, que debería llevar a un verdadero y fructuoso diálogo entre los diferentes grupos y naciones, no perturbe la vida de las comunidades, no eche por tierra la sabiduría de los antepasados ni ponga en peligro el genio propio de los pueblos? ¿De qué forma hay que favorecer el dinamismo y la expansión de la nueva cultura sin que perezca la fidelidad viva a la herencia de las tradiciones? Esto es especialmente urgente allí donde la cultura, nacida del enorme progreso de la ciencia y de la técnica se ha de compaginar con el cultivo del espíritu, que se alimenta, según diversas tradiciones, de los estudios clásicos" (GS 55).

Esta visión conciliar de la pluralidad cultural está cimentada en una sana antropología católica, que ve en el hombre y en sus obras, aun dañados por el pecado, un reflejo de la imagen de Dios que éste lleva impreso en su corazón. La pluralidad de culturas se sigue de la misma naturaleza humana, y puede por tanto considerarse un bien, que manifiesta la perfección de la naturaleza. Con san Agustín, podríamos decir que cada cultura es un *modo* del ser cultural del hombre, y por tanto, un nuevo bien que se añade a la perfección específica humana, cuyo carácter unitario la fundamenta. Es un despliegue del ser, y en este sentido, algo bueno.(9)

Si la pluralidad cultural es un bien, debe ser tutelado. De ahí que frente al complejo fenómeno de la globalización, cuyo análisis superaría los límites de esta presentación, la Iglesia haya adoptado una postura prudente: ni canonización ni demonización.(10) La globalización es un hecho cultural: se trata de la difusión de un modelo de cultura. Como tal, no es nuevo; la antigüedad ha conocido la difusión de modelos culturales en vastas áreas geográficas que han acabado por sobreponerse y a la postre eliminar las culturas locales. Baste pensar al helenismo en el área mediterránea, que se convirtió en el *collant* de un abigarrado mosaico de pueblos y culturas, y permitió un fantástico desarrollo sobre la base de una lengua y una cultura común. Lo que preocupa en el momento actual no es la difusión de una cultura, sino los poderosos intereses económicos de grupos de poder muy reducidos, que disponen de medios potentísimos para imponer patrones y modelos culturales. De este modo, el proceso de intercambio cultural, que de suyo es algo natural, se ve adulterado en su raíz, y sometido a la tentación de la manipulación.

Lo cual nos lleva a la cuestión del diálogo entre las diversas culturas, a sus modalidades y valoración.

4. Fundamentos del diálogo entre las culturas y las civilizaciones

Acerca del diálogo entre las culturas y de su condición de posibilidad, la Encíclica *Fides et Ratio* ofrece criterios sólidos de interpretación. Podría parecer extraño que una Encíclica que tiene por objeto la razón y la filosofía se ocupe de diálogo cultural. Sin embargo la pregunta por la relación entre verdad y cultura no puede eludirse: nos preguntamos si puede haber diálogo e intercambio entre las diversas culturas en la única verdad, si la verdad es accesible y expresable para todos los hombres, trascendiendo las diversas formas culturales, o si a la postre hay que limitarse a presentirla sólo asintóticamente tras formas culturales diversas e incluso opuestas.

En la Encíclica el Papa parte de un concepto dinámico de cultura. La cultura es por naturaleza una realidad abierta, no cerrada ni estática. "Las culturas, cuando están profundamente enraizadas en lo humano, llevan consigo el testimonio de la apertura típica del hombre a lo universal y a la trascendencia" (*Fides et Ratio*, 70). Se trata de una doble trascendencia: apertura a otras culturas, apertura a lo Absoluto. En cuanto expresión del misterio del hombre y de Dios, es decir, de las grandes preguntas que constituyen su núcleo más íntimo, poseen una dinámica que las empuja a superarse continuamente. "Las culturas, estando en estrecha relación con los hombres y con su historia, comparten el dinamismo propio del tiempo humano. Se aprecian en consecuencia transformaciones y progresos debidos a los encuentros entre los hombres y a los intercambios recíprocos de sus modelos de vida. Las culturas se alimentan de la comunicación de valores, y su vitalidad y subsistencia proceden de su capacidad de permanecer abiertas a la acogida de lo nuevo" (*Fides et Ratio*, 71). Las culturas, como los seres vivos, nacen, crecen, y si no se abren, mueren inexorablemente.

La posibilidad del diálogo entre las culturas se fundamenta, pues, sobre este dinamismo que lleva a las culturas a la apertura a lo universal, y que a su vez, descansa sobre la capacidad de trascendencia del hombre, que constituye un rasgo esencial de su naturaleza. Negar este rasgo fundamental que unifica el género humano en su apertura a la verdad por encima del marco cultural en que vive, equivale a negar todo diálogo entre culturas diferentes.

En la tensión que se establece entre la tendencia hacia la interacción entre culturas diversas, de una parte, y de otra, la defensa de la particularidad cultural, no se puede perder de vista este rasgo. Refiriéndose paradigmáticamente a la India, el Papa afirma un criterio de aplicación válida para todas las culturas: "hay que evitar confundir la legítima reivindicación de lo específico y original del pensamiento indio con la idea de que una tradición cultural deba encerrarse en su diferencia y afirmarse en su oposición a otras tradiciones, lo cual es contrario a la naturaleza misma del espíritu humano" (*Fides et Ratio*, 72).

Es interesante señalar a este respecto que el encuentro entre el Evangelio y la cultura griega se produjo precisamente en un momento en que la cultura griega, gracias a los esfuerzos de purificación a que la crítica filosófica la había sometido, se estaba abriendo a la universalidad. Cuando se habla de la "helenización" del cristianismo por obra de los padres griegos, se olvida con facilidad este hecho, como señala el Cardenal Ratzinger: "La fe une los diversos pueblos – comenzando por los germanos y los eslavos, que en los tiempos de la invasión de los bárbaros entraron en contacto con el mensaje cristiano, hasta los pueblos de Asia, África y América– no a la cultura griega en cuanto tal, sino a su autosuperación, que era el verdadero punto de contacto para la interpretación del mensaje cristiano".⁽¹¹⁾ Este encuentro acaecido en los albores del cristianismo es irrenunciable para la fe. De nuevo es *Fides et Ratio* quien afirma que "cuando la Iglesia entra en contacto con grandes culturas a las que anteriormente no había llegado, no puede olvidar lo que ha adquirido en la inculturación en el pensamiento grecolatino. Rechazar esta herencia sería ir en contra del designio providencial de Dios, que conduce su Iglesia por los caminos del tiempo y de la historia" (*Fides et Ratio*, 72).

Así pues, existe en las culturas un dinamismo de trascendencia que las lleva a entrar en diálogo con las demás. Esto es un fenómeno empíricamente constatable, atestiguado por la sociología y la historia de las civilizaciones. Este hecho sociológico es a su vez expresión de un rasgo perteneciente a la esencia de la cultura y, en último término, del hombre, "que busca por naturaleza el saber" (Arist., *Met*, I,1), y es definido justamente como "aquel que busca la verdad".

La defensa a ultranza de una cultura o civilización, que para preservar su pureza se atrinchera en sus propias tradiciones y costumbres, exaltando los elementos particulares, conduce a una asfixia cultural que, a la larga, resulta fatal. La comparación entre el caso Chino y Japonés a principios de

siglo, su diferente actitud frente a la modernidad, es muy ilustradora al respecto. Este es el peligro potencial de todos los nacionalismos europeos, de fuerte contenido exclusivista, no inmunes a peligrosas tentaciones de racismo y xenofobia. En el fondo se trata de un aislamiento frente a una amenaza exterior, que intenta ignorar el paso de la historia, e incluso retroceder, en una marcha suicida.

Dicho esto, conviene sin embargo recordar algo. Lo importante no es el hecho de que las culturas entren en contacto mutuo o sufran influencias recíprocas, puesto que se trata de un simple hecho cultural. Lo importante es que esta interacción entre las culturas lleve a una efectiva autosuperación de las mismas, es decir, que produzca un verdadero crecimiento en dirección al hombre y a Dios, y no se convierta en una simple yuxtaposición o amalgama informe de elementos culturales de diversa procedencia, sin conexión orgánica entre ellos, o sin referencia a un fin. A este respecto no está de más recordar con la filosofía clásica que para que una cosa, en este caso, una cultura, sea un verdadero bien, debe poseer la plenitud del orden. Siendo el orden de la cultura el hombre, la medida para juzgar el enriquecimiento resultante de las interacciones culturales será siempre la persona humana en su integridad, como imagen y semejanza de Dios.(12)

O dicho de otro modo: el simple diálogo intercultural no basta. Es posible que la apertura de una cultura a influencias culturales ajenas no sólo no redunde en un mayor respeto a la dignidad del hombre, sino que suponga un regreso. La historia del pueblo de Israel constituye un ejemplo vivo: cuando Israel, para romper su aislamiento, "quiere ser como los otros pueblos", y establecer un diálogo con las culturas circundantes, acaba importando un modelo monárquico esclavizador o la abominable costumbre, practicada por todos los pueblos de la época, de inmolar niños. Debemos en cambio al diálogo enriquecedor, que acoge nuevos elementos filtrándolos a la luz de la fe en el Dios único, los relatos del Génesis acerca de la creación del hombre, donde la cosmología de los pueblos vecinos, debidamente purificada, ha ofrecido el marco de referencia para la doctrina de la creación.

Así pues, para que haya un verdadero enriquecimiento, es necesario que las culturas se abran y entablen un diálogo constructivo sobre la base de la verdad del hombre. Con lo que hemos cerrado el círculo iniciado al principio de este capítulo: la cuestión del diálogo cultural no puede separarse de la cuestión de la verdad y de la capacidad del hombre de acceder a ella. Un diálogo constructivo entre culturas y civilizaciones sólo será posible sobre la base de la búsqueda común de la verdad y de la convicción de que la ésta puede darse en nuestras propias categorías con validez universal.

5. La Iglesia en diálogo con las culturas

La resolución de las Naciones Unidas "invita a los Gobiernos, *las Organizaciones científicas y culturales y otras importantes organizaciones internacionales no gubernamentales*, a planear y llevar a cabo *programas* adecuados culturales, educativos y sociales para promover el concepto del diálogo entre las civilizaciones, incluyendo la organización de conferencias y seminarios y la difusión de información de material escolar sobre la materia".(13) La Iglesia católica y las organizaciones internacionales católicas son, por tanto, destinatarios inmediatos de esta llamada de las Naciones Unidas.

La Iglesia católica se halla empeñada desde sus orígenes en un diálogo con las culturas vecinas. Mucho antes de se acuñara la palabra inculturación, la Iglesia la ha practicado, pues por vocación esta abierta a lo universal desde su origen. Ella es *kath'olon*, según la totalidad. Abraza todas las culturas y los pueblos. El diálogo con otras culturas es para ella una tarea insoslayable.

Ahora bien, ¿sobre qué bases se desarrolla este diálogo?

Al hablar de inculturación, el Papa la define como: "El esfuerzo de la Iglesia para hacer penetrar el mensaje de Cristo en un medio sociocultural dado, llamándolo a crecer según sus valores propios, en cuanto son conciliables con el evangelio. [...] La encarnación del evangelio en las culturas autóctonas y, a la vez, la introducción de estas en la vida de la Iglesia".(14) En el diálogo con las culturas hay, pues, un doble momento: el Evangelio se encarna en una cultura, purificándola, y sólo después, puede incorporar lo mejor de ella a la vida de la Iglesia, de modo que ésta se enriquezca. La Palabra de Dios obra en las culturas, lo mismo que en el interior de los corazones de los hombres, una purificación dolorosa de todo aquello que es contrario a la imagen de Dios, para restablecer al hombre en su dignidad. La Iglesia se siente con todo derecho a hacerlo, porque es la Palabra de Dios quien lo hace, que penetra como espada de doble filo, hasta lo íntimo del hombre y de la cultura. La Iglesia no exporta cultura occidental, sino que anuncia la Palabra de Dios. Y si bien es cierto que puede hablarse con razón de una cultura cristiana, es necesario añadir a continuación que no se trata de una cultura del mismo orden que las demás.(15)

En efecto, como señala el documento del Consejo Pontificio de la Cultura *Para una Pastoral de la Cultura*, "La cultura bíblica ocupa por ello un puesto único. Es la cultura del Pueblo de Dios, en cuyo corazón Él se ha encarnado. [...] Así, la fe tiene el poder de alcanzar el corazón de toda cultura para purificarla, fecundarla, enriquecerla y darle la posibilidad de desplegarse a la medida inconmensurable del amor de Cristo. La recepción del mensaje de Cristo suscita así una cultura cuyos dos constitutivos fundamentales son, a título radicalmente nuevo, la persona y el amor" (n. 3). Esta cultura bíblica, o cultura del Pueblo de Dios, nace con una ruptura cultural, cuando Dios manda a Abraham *salir* de su tierra y su parentela, y culmina en el drama de la cruz, que es la ruptura por excelencia (ibid.): "No es un pueblo que se fabrica un Dios; es Dios que da nacimiento a su pueblo como Pueblo de Dios".

De aquí se sigue una consecuencia muy importante para el diálogo con las otras culturas. La revelación no se ha dado en un estado químicamente puro, sino encarnada desde el principio en la historia de un pueblo. El encuentro entre la Revelación y las demás culturas acontecerá siempre a través de la mediación de este pueblo, sometido él mismo a constante purificación por parte de la Palabra de Dios. El diálogo se entabla entre la cultura de la que es portadora el Pueblo de Dios, que trasciende todo límite geográfico, étnico y cultural, de una parte, y de otra, una cultura ajena, precisamente en virtud del dinamismo de trascendencia de que antes hablábamos. No puede haber encuentro entre el Evangelio y una cultura sin esta mediación.

A este propósito, frente a la acusación que suele hacerse a la Iglesia de "occidentalizar" en su actividad misionera y de imponer elementos culturales humanos que serían relativos, conviene señalar que el encuentro entre el Evangelio y la cultura griega se produjo precisamente en un momento en que la cultura griega, gracias a los esfuerzos de purificación a que la crítica filosófica la había sometido, se estaba abriendo a la universalidad. Cuando se habla de la "helenización" del cristianismo por obra de los padres griegos, se olvida con facilidad este hecho, como señala el Cardenal Ratzinger: "La fe une los diversos pueblos –comenzando por los germanos y los eslavos, que en los tiempos de la invasión de los bárbaros entraron en contacto con el mensaje cristiano, hasta los pueblos de Asia, África y América– no a la cultura griega en cuanto tal, sino a su autosuperación, que era el verdadero punto de contacto para la interpretación del mensaje cristiano". Este encuentro acaecido en los albores del cristianismo es irrenunciable para la fe. De nuevo es *Fides et Ratio* quien afirma que "cuando la Iglesia entra en contacto con grandes culturas a las que anteriormente no había llegado, no puede olvidar lo que ha adquirido en la inculturación en el pensamiento grecolatino. Rechazar esta herencia sería ir en contra del designio providencial de Dios, que conduce su Iglesia por los caminos del tiempo y de la historia" (*Fides et Ratio*, 72).

6. Algunas pistas de acción

Llega el momento de delinear algunas pistas para la acción para concretar la colaboración de las OIC a este ambicioso programa de las Naciones Unidas. Esta contribución, sobre la base de los principios arriba establecidos, se apoya en dos pilares fundamentales: el compromiso de una sana educación a la multiculturalidad como fin, y el fomento y difusión de los centros culturales católicos, como medio privilegiado para lograrlo.

6.1 Educar para la multiculturalidad

La educación es el lugar privilegiado de la construcción del diálogo entre las civilizaciones, ya que es el lugar ordinario de la transmisión de los valores fundamentales. Esta educación tiene que lograr superar los dos riesgos antes aludidos: el de la eliminación de los rasgos particulares de la identidad de un pueblo, o su absolutización. Su éxito consistirá en lograr una armonía entre la dimensión universal y la particular, entre el respeto a la propia tradición y la apertura a la novedad.

Veamos algunos principios de esta educación:([16](#))

- La educación a la multiculturalidad tiene que instalarse en todos los niveles de la comunidad educativa. Familia, escuela, iglesia, centros sociales y culturales, asociaciones, medios de comunicación social, universidad desempeñan papeles complementarios, orientados al crecimiento de los jóvenes.
- Para lograr sus objetivos en ámbitos tan diferentes, la educación tiene que estar integrada en un conjunto orgánico donde los aspectos culturales, jurídicos, económicos y sociales tienen al mismo fin: ofrecer igualdad de oportunidades a personas y grupos culturalmente diferentes. Si esta política de conjunto falla, la educación a la diferencia cultural no sería sino una educación para la desigualdad, y el sistema educativo se haría cómplice de la creación de sociedades multiculturales en las que las particularidades culturales se añadirían a las desigualdades sociales para agravarlas.
- Puesto que la educación a la multiculturalidad ha de tener en cuenta todos los aspectos de las culturas, considera desfasado un cierto concepto integrista de la laicidad, que elimina completamente de la educación escolar los conocimientos referidos a la comprensión del hecho religioso y de sus contenidos.
- Una tal educación implica tomar distancias frente a un cierto concepto de nacionalidad, para situar la pertenencia nacional en el seno de una sociedad pluriétnica y pluricultural.
- La lengua materna es uno de los principales componentes de la identidad personal y comunitaria, de modo que es necesario promover una enseñanza de las lenguas que tome en consideración la doble función del lenguaje como instrumento de comunicación social y de identificación cultural.
- Teniendo en cuenta la dificultad de vencer los prejuicios culturales a los que nadie escapa totalmente, la educación pluricultural requiere no sólo la adquisición de conocimientos sobre otras culturas para apreciarlos, sino sobre todo, preparar para entrar en relación con personas y grupos pertenecientes a otras culturas.
- La historia y la geografía, consideradas frecuentemente como disciplinas secundarias, son en realidad fundamentales para lograr la apertura de espíritu que permite percibir, en el seno de la propia cultura nacional, las aportaciones a lo largo de los siglos, de otras civilizaciones y

culturas. La cultura dominante de un país y su patrimonio son el resultado de una interacción continua, de aportaciones, desapariciones, mutaciones que han influido en la gestación de nuestras culturas.

- Más que nunca, la filosofía y la antropología cultural son indispensables para revelar los procesos de formación de las identidades culturales particulares y hacer aparecer su interacción y sus relaciones de fuerza tanto con el contexto histórico-geográfico, con la religión y las corrientes filosóficas, que con las dimensiones económicas y políticas de la sociedad.

6.2 Centros Culturales Católicos

Un instrumento privilegiado de la Iglesia para ayudar en el establecimiento de un diálogo lo constituyen los Centros Culturales Católicos.⁽¹⁷⁾ Éstos, situados en un contexto cultural determinado, pueden desarrollar la función de puente y vínculo entre realidades culturales diferentes, sea para dar a conocer en un contexto cultural occidental realidades de otros pueblos y civilizaciones, sea para dar a conocer la riqueza cultural del cristianismo en ambientes donde éste no se ha implantado aún. El reciente documento del Consejo Pontificio de la Cultura, dedica a estos centros un capítulo muy interesante:

"Los Centros Culturales Católicos presentan una rica diversidad, tanto por su denominación (Centros o Círculos Culturales, Academias, Centros Universitarios, Casas de Formación), como por las orientaciones (teológica, ecuménica, científica, educativa, artística, etc.), o por los temas tratados (corrientes culturales, valores, dialogo intercultural e interreligioso, ciencia, artes etc.), o por las actividades desarrolladas (conferencias, debates, cursos, seminarios, publicaciones, bibliotecas, manifestaciones artísticas o culturales, exposiciones, etc.).

El concepto mismo de *Centro Cultural Católico* reúne la pluralidad y la riqueza de las diversas situaciones de un país: se trata, bien de instituciones vinculadas a una estructura de la Iglesia (parroquia, diócesis, conferencia episcopal, orden religiosa, etc.), bien de iniciativas privadas de católicos, pero siempre en comunión con la Iglesia. Todos estos centros proponen actividades culturales con la preocupación constante de la relación entre la fe y la cultura, de la promoción de la cultura inspirada por los valores cristianos, a través del diálogo, la investigación científica, la formación, mediante la promoción de una cultura fecundada inspirada, vivificada y dinamizada por la fe. A este respecto, los centros culturales católicos son instrumentos privilegiados para hacer conocer a un amplio público las obras de artistas, escritores, científicos, filósofos, teólogos, economistas y ensayistas católicos, y suscitar de esta manera una adhesión personal y entusiasta a los valores fecundados por la fe en Cristo".⁽¹⁸⁾

Para concluir. La declaración de los derechos del hombre, en 1948, representa un progreso importante en el desarrollo de la conciencia de la dignidad humana. La iniciación a la pluriculturalidad camina a la par con una iniciación y un conocimiento en profundidad de los derechos del hombre y en particular de sus derechos culturales, no sólo para identificar las fuentes de la intolerancia y de la xenofobia, sino, sobretudo, para promover un desarrollo integral duradero, que haga justicia a la dimensión cultural de la persona humana.

¹ United Nations. General Assembly. 53rd Session. *Agenda Item 168: Dialogue among civilizations*. Prot. N. A/53/L.23/Rev.1

² Ibid.

[3](#) Islamic Republic of Iran. Permanent Mission to the United Nations. *The Statement by H.E. M. Javad Sharif, Deputy Foreign Minister of the Islamic Republic of Iran before the UN General Assembly Under item 168 (Dialogue among Civilizations)*. 4 Nov 1998.

[4](#) Ibid., p. 2

[5](#) O. Spengler, *Le Déclin de l'Occident*, Paris 1938. Cfr. Carrier, "Civilisation", in Id. *Lexique de la Culture*, Tournai 1992, 71-75.

[6](#) Carrier, Ibid., 73

[7](#) Según Carrier (ibid, p. 74), los sociólogos galos tienden a preferir en sus trabajos el término técnico de cultura al de civilización. Pero se mantiene el empleo de "civilización" sobre todo cuando se quiere destacar la riqueza de todas las culturas y mostrar la convergencia profunda de todas las experiencias civilizadoras.

[8](#) "Toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y en particular del hombre: es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana. El corazón de cada cultura está constituido por su acercamiento al más grande de los misterios: el misterio de Dios", Juan Pablo II, *Discurso* ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York 5-X-1995, nn. 9-10: *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, 27 (1995) 564.

[9](#) E. Forment, "El pluralismo cultural y la unidad de la fe", in Pontificio Consejo de la Cultura, *Actas del Simposio "La cultura y la esperanza cristiana" Sevilla 12-14 marzo 1998*. Córdoba 1999, 85-86.

[10](#) "[La globalización] Desde el punto de vista ético, puede tener una valoración positiva o negativa. En realidad, hay una globalización económica que trae consigo ciertas consecuencias positivas [...] Sin embargo, si la globalización se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los poderosos, lleva a consecuencias negativas. [...] La Iglesia, aunque reconoce los valores positivos que la globalización comporta, mira con inquietud los aspectos negativos derivados de ella. ¿Y qué decir de la **globalización cultural** producida por la fuerza de los medios de comunicación social? Éstos imponen nuevas escalas de valores por doquier, a menudo arbitrarios y en el fondo materialistas, frente a los cuales es muy difícil mantener viva la adhesión a los valores del Evangelio", Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, 20.

[11](#) J. Card. Ratzinger, *Fe, verdad y cultura*. Conferencia pronunciada en Madrid, 16.2.2000. in *Alfa y Omega*, 200, 17-2-2000 (Suplemento).

[12](#) Cfr. E. Forment, "El pluralismo cultural y la unidad de la fe", p. 86. Cfr. n. 12.

[13](#) United Nations. General Assembly. 53rd Session. *Agenda Item 168: Dialogue among civilizations*. Prot. N. A/53/L.23/Rev.1.

[14](#) Juan Pablo II, *Slavorum Apostoli*, 21.

[15](#) Cfr. M. Sánchez de Toca, "El diálogo fe-cultura en el Magisterio contemporáneo", *Culturas y fe* 7 (1999) 183-198, 264-275.

[16](#) Cfr. B. Ardura, *Le défi de l'éducation à la pluriculturalité en Europe*. Conferencia en Zagreb, 10.4.1999.

[17](#) En la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Africa*, Juan Pablo II define así las posibilidades de estos centros : "[Los centros culturales católicos] ofrecen a la Iglesia posibilidades de presencia y de acción en el campo de los cambios culturales. Constituyen, en efecto, foros públicos que permiten conocer ampliamente, en un diálogo creativo, las convicciones cristianas sobre el hombre, la mujer, la familia, el trabajo, la economía, la sociedad, la política, la vida internacional, el medio ambiente" (*Ecclesia in Africa*, 103).

[18](#) Consejo Pontificio de la Cultura, *Para una pastoral de la Cultura*, Vaticano 1999, n. 32.